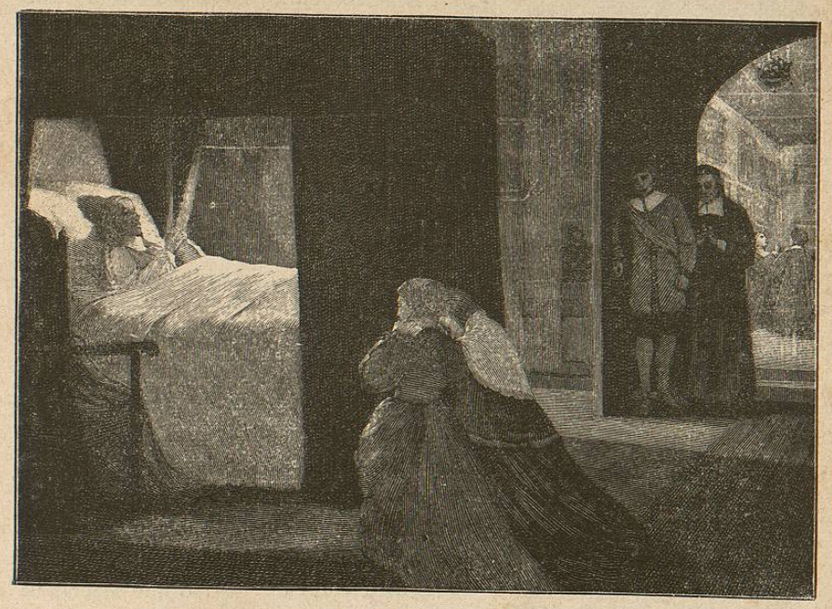
más joven en junio; y durante el verano, ella misma, atacada de una cruel enfermedad, falleció en agosto. Por espacio de muchos días su padre, insensible á los asuntos públicos, veló sin cesar á la cabecera del lecho de la más querida de sus hijas. El mismo Cromwell padecía gota y otros achaques; su estado se agravó por las vigilias y su profunda aflicción; sobrecogióle una fiebre lenta y ésta tomó un carácter peligroso. No veía á su Consejo sino de vez en cuando, y se cuidó de los negocios mientras le fué posible. En aquellos días (20 de agosto) fué cuando Jorge Fox le encontró paseando á caballo en Hampton Court, «y antes de acercarme á él, dice el cuáquero, al verle á la cabeza de sus guardias, me pareció observar en su rostro el sello de la muerte.» Poco después fué conducido á Londres, y mientras se preparaba el palacio de Saint James para recibirle, permaneció en Whitehall. Ya no salió de aquí. Durante su enfermedad «tuvo grandes revelaciones del Señor, en las cuales se le aseguraba que se restablecería para ser otra vez útil en su obra. Por ningún hombre se había orado nunca tanto como por él, y á decir verdad, hubo una consternación general así entre los buenos como entre los malos, temiéndose lo que sucedería si el Señor le llamaba á sí esta vez.» Cuando el gran guerrero supo que su fin era seguro, lo arrostró con la confiada resignación de la fe. Demasiado á menudo había visto la muerte de cerca para temerla ahora en los últimos momentos de mortal angustia. Los capellanes, los predicadores, todas las personas notables se habían reunido en la habitación inmediata, y entraban y salían á medida que pasaban las horas, para leerle la Biblia ó rezar con él. A uno de los que le visitaban le hizo una pregunta conmovedora, tan profunda en su significación como patética en su humildad, cual si recordase los pasados días brillantes de su vida. «Decidme, preguntó, ¿es posible perder la gracia del Señor? – No, contestó el ministro, es imposible. – Pues entonces, replicó el moribundo Cromwell, estoy salvado, porque sé que una vez la tuve.»

Con frecuentes repeticiones y mucha vehemencia de espíritu citó los textos que han consolado á tantas generaciones de creyentes. Murmurando oraciones entrecortadas imploró el favor del cielo para su pueblo, pidiéndole para éste firmeza en sus juicios y mutuo amor, á fin de que se pudiera llevar á cabo la obra de la reforma. «Me habéis hecho, dijo, aunque muy indigno y débil instrumento, capaz de hacer algún bien en servicio del Señor, y muchos me han atribuído demasiado valor, mientras que otros se hubieran alegrado de mi muerte. Perdonad, Dios mío, á los que desean hollar el polvo de un pobre gusano, porque también son hijos de tu pueblo.»

Toda la noche del 2 de septiembre estuvo muy inquieto, y habiéndosele ofrecido alguna bebida para que tratase de dormir, contestó: «No es mi objeto beber ni dormir; lo único que deseo es acabar cuanto antes.» El lunes, 30 de agosto, estalló una furiosa tempestad en mar y tierra, y mientras Cromwell moría lentamente, la aurora iluminó casas destruídas, árboles arrancados de cuajo, barcos náufragos y hombres que se ahogaban.

El viernes, 3 de septiembre, era aniversario de dos de sus más famosas victorias. En esta fecha, siete años antes, se dió la batalla de Worcester, y hacía ocho días que con alegres ojos vió salir el sol sobre las brillantes aguas de Dunbar, mientras los enemigos del Señor se diseminaban. Ahora estaba en brazos de la muerte inexorable, y á eso de las cuatro de la tarde dejó de existir.

Sus restos fueron sepultados en la capilla de Enrique VII tres semanas después, y durante dos meses se exhibió en la casa de Somerset una efigie de cera con el traje oficial, la corona y el cetro. En 23 de noviembre se celebraron los



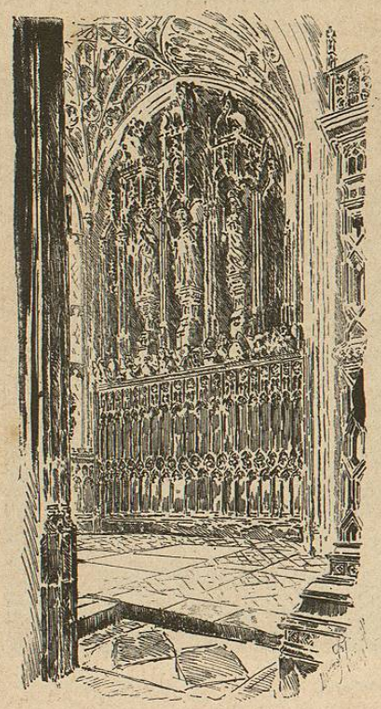
Muerte de Cromwell

funerales públicos con solemne pompa; y entre los sepulcros de los príncipes y guerreros que contribuyeron á la gloria de Inglaterra, el polvo de Oliverio Cromwell reposó algún tiempo en su majestuosa urna.

Dos años más tarde sonó la hora de la venganza. Por acuerdo unánime de la Casa de los Comunes, se dispuso el terrible ceremonial en la fecha que era aniversario (30 enero de 1661) de la ejecución del rey Carlos, doce años antes. «Considerándose este día como de solemne ayuno y de oración, por la mañana, los ataúdes con los esqueletos de Cromwell, Ireton y Bradshaw fueron colocados en un furgón y conducidos á Tyburn (á un tiro de piedra del sitio donde ahora se eleva el Arco de Mármol); después se sacaron de aquéllos, y con sus sudarios se les colgó del cuello, quedando expuestos hasta que se puso el sol; luego se cortaron las cuerdas, y una vez separadas las cabezas, sepultáronse los cuer-

pos en una tumba debajo de las horcas. El ataúd donde estaba el cuerpo de Cromwell era muy rico, con resortes y clavos dorados.» Las tres cabezas se fijaron en pértigas que fueron colocadas en la extremidad occidental de Westminster Hall, donde Pepys las vió cuatro días después en el mismo sitio donde los regicidas habían juzgado al monarca.

Comprender á Cromwell en la línea de los dictadores europeos, con Carlos V, Luis XIV ó Napoleón, es una hipérbole que no le hace justicia del todo. Guizot se acerca más á la verdad cuando considera á Cromwell, Guillermo III y Wáshington como jefes y representantes de las crisis soberanas que han puesto remedio á los destinos de las naciones. Cuando preguntamos cuál fué la participación especial de Cromwell en una misión tan suprema, la contestación, si se busca entre las preocupaciones de la moderna controversia, se deduce fácilmente. Por su genio militar, por el poder de las legiones que creó y condujo de una victoria en otra; por las que alcanzó en Marston, en Naseby, en Preston, en Worcester, en Irlanda y en Dunbar, Cromwell fijó su sello en los destinos de Inglaterra tal como eran en aquel vasto dominio en que el reino debía transformarse en el transcurso de las edades. Cromwell era jefe de un partido que secundaba completamente sus opiniones muy arraigadas, creyendo que ni la libertad civil ni la política se podrían afianzar sin recurrir á la espada; y por cierto que el Protector demostró ser muy hábil y práctico para servirse de este medio. Por su actividad y vigor, por su arrojo y prudencia, en sitios, marchas, largas campañas y combates; como hombre de gran táctica cuando era jefe de la caballería, y como estratégico, los prácticos modernos consideran á Cromwell verdadero maestro en el rudo arte de la guerra.



Capilla de Enrique VII en Westminster, donde están enterrados Cromwell y algunos de los generales é individuos de su familia. (Dibujo de José Pennell.)

En el medio siglo próximo á terminar, así en la Europa occidental como á través del Atlántico, la antorcha de la guerra se encendió más bien por la unidad de raza que por las libertades. Cromwell buscaba ambas cosas: con su diestra armada aniquiló las pretensiones absolutistas, así del trono como de la nobleza,

y después obligó á los tres reinos á unirse para formar un solo Estado. En aquellos momentos decisivos, cuando la balanza del destino vacilaba, el invencible capitán la hizo inclinarse como quería. Después de discutir sobre los aspectos de su política especial en las diversas ocasiones; después de haber examinado todos los caracteres secundarios de su Gobierno, lo dicho basta para definir el verdadero lugar de Cromwell en nuestra historia.

El Protector supo conservar una forma de paz provisional, librando á la nación de la anarquía en que así el orden como la libertad hubieran sucumbido; hizo lo que alguno de los mejores de sus contemporáneos consideraron como un error; y la elección de sus medios le sirvió para vencer las dificultades que

Mascarilla de Oliverio Cromwell, de la colección de la Sra. Frankland-Russell-Astley

él mismo se había creado, sin que nunca le faltara la persistencia. En la más difícil tarea de establecer la base de un orden de cosas que continuara después de su imperioso dominio, fué derrotado. «He hecho por necesidad, dijo entonces, en ese asunto cuanto me dictaba mi conciencia, no tanto con la esperanza de practicar un bien, como con el deseo de evitar un mal.» No le parecía bastante fuerte ningún baluarte para contener á la facción revolucionaria ni á los esfuerzos de la reacción que debían llegar después. «¿No depende de la vida de Su Alteza, como dijo Enrique Cromwell, de su especial habilidad y de su interés por el ejército, vuestra paz y bienestar?» Esto quiere decir que el Protectorado no era un sistema, sino tan sólo un expediente de supremacía individual.

Cierto es que Ricardo Cromwell accedió á todo sin oposición; durante algunos meses ejerció el poder supremo, pero no fué real y verdadero ni un solo día. El tesoro estaba tan exhausto, que hubo de pasar por la humillación de rogar á Mazarino que le prestara cincuenta mil libras. La mayoría del nuevo Parlamento era indudablemente favorable al principio á Ricardo y á su Gobierno; pero una constitución que dependiera de las fluctuaciones de la mayoría y la

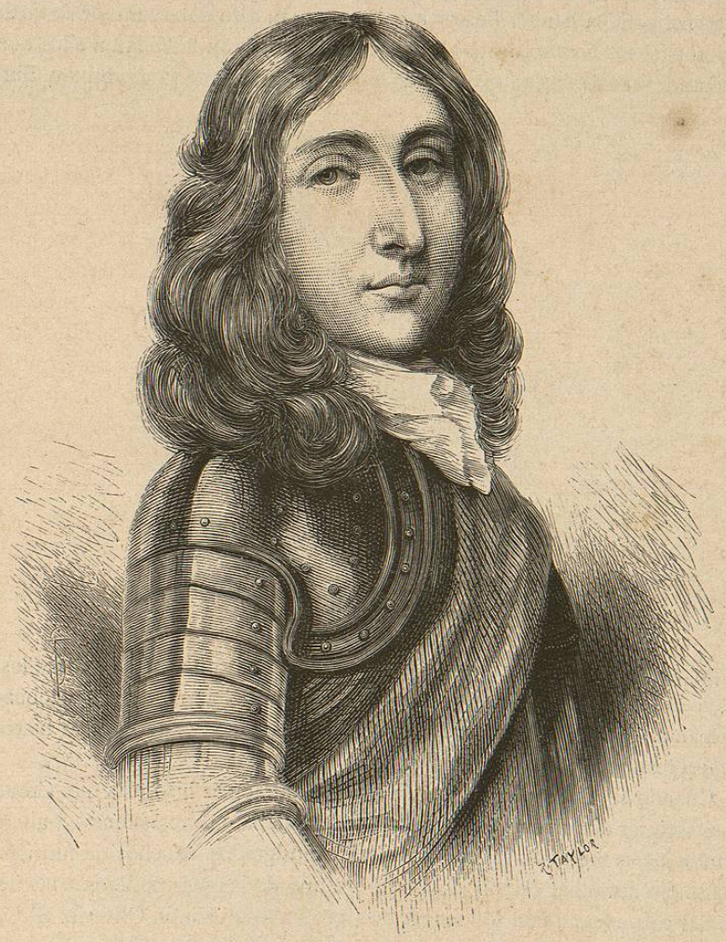
minoría divididas siempre en la Casa de los Comunes, no podía ser estable. La autoridad estaba minada, mientras que el déficit en la hacienda y los abusos en la administración eran otros dos grandes males. Dunquerque, Jamaica y las glorias de Blake no fueron ya nada comparadas con las pérdidas del comercio. La lucha entre el Parlamento y el ejército, tanto tiempo reprimida por la mano de hierro de Cromwell, que no pudo, sin embargo, sofocarla, estalló al fin en ardiente llama. Ricardo Cromwell, hombre de honor y de buen sentido, pero sin el prestigio del soldado, sucumbió y desapareció (mayo de 1659). La antigua lucha entre el poder militar y el civil continuó hasta el fin en medio de mezquinas intrigas, de egoísmo, de mutuas quejas y de impotencia política, esos elementos en que tantas revoluciones expiraron después; más afortunadamente no se derramó sangre. No se tardó en llamar á los Caballeros, que enfurecidos por sus pasadas derrotas y su ruina actual, procedieron esta vez con mano enérgica; mientras que los Obispos, por otra parte, se mostraron ansiosos de recobrar otra vez sus tronos. El nuevo rey tenía á su lado á Clarendon; pero catorce años de destierro, con todas sus privaciones y esperanzas que siempre se difería, le habían hecho olvidar los principios y aspiraciones de los pasados días cuando estaba al lado de Pym y Hampden contra Laud y Strafford. Indudablemente la monarquía volvió con sus alas recogidas, después que la espada de Cromwell lo había asegurado todo.

Medalla conmemorativa del entierro de Oliverio Cromwell

Apenas se puede refutar la idea de que la revolución de Cromwell fué el fin de la Edad media, más bien que el principio de la era moderna. Ciertamente hubo poco de esa fe en el progreso que fué más tarde la inspiración de otra época. En cierto sentido, Cromwell no era demócrata, pues según hemos visto, declaró que no se ha de hacer lo que agrada al pueblo, sino lo que es para su bien. Las palabras de Carlos en el patíbulo expresaron que la libertad del pueblo estaba en las leyes, «y no en tener una participación en el gobierno.»

Por otra parte, persistía en que las cosas obtenidas por fuerza, nunca buenas en sí, no honran al gobernante, ni es probable que duren. «Lo que ganamos por la libre voluntad es mejor que lo adquirido por la fuerza, decía; y se verá que es injusto y poco acertado privar á un hombre de su libertad por el hecho de suponer que puede abusar de ella.»

Al decir que Cromwell tenía el espíritu previsor, deduciendo de esto que poseía lo bastante para ejercer el poder en los más importantes asuntos, tan sólo repetimos que tenía el instinto de gobierno, lo cual difiere mucho de tener afición á las ideas abstractas de los políticos, ó el amor á la libertad. El instinto de orden ha sido á menudo tan propio de un tirano como de un héroe, tan común á varios de los peores hombres de la historia humana, como de los mejo-



RICARDO CROMWELL

res que se han conocido. Cromwell no era un Federico *el Grande*, que hablab de la humanidad considerándola como una tribu maldita; pertenecía al tipo más raro y noble de los hombres de gobierno que obran por su fe, su compasión y esperanza, no menos que por los consejos de la sabiduría práctica y que para su fuerza política han de buscar una base moral: esto debe ser motivo de admiración para los hombres. Sus ideales eran elevados y su fidelidad á ellos, aunque confusa á veces, constante; mientras que su ambición fué siempre pura. Sin em-

Tomás, conde de Strafford

bargo, apenas se puede admitir que la casualidad se convirtió en uno de los ídolos de la escuela que sostenía, tímidamente en Inglaterra, pero sin rebozo en Alemania, que el poder es una condición del derecho, y que éste y la fuerza del Estado justifican todos los medios.

Cuando se proclama que ningún gobernante inglés hizo más que Cromwell para mejorar el porvenir del país en que mandaba, nos exponemos á alterar la historia solamente para realzar los ideales retrógrados. Muchos discutirían que Tomás Cromwell, al decidir del futuro de una de las más poderosas instituciones del país, ejerció una influencia más profunda que la de Oliverio. Si Cromwell hizo poco para dar forma á la futura Iglesia de Inglaterra, lo mismo se podría decir respecto á su Parlamento. En la organización constitucional, el lugar más importante corresponde al sabio aunque menos heroico Walpole. El desarrollo de la constitución inglesa se siguió bajo principios que desagradaban mucho á Cromwell; la idea de un Parlamento siempre en sesión, inspeccionando los detalles administrativos, era, á su modo de ver, un mal intolerable. Este era casi el único sistema contra el cual, aunque tan indiferente á todas las formas constitucionales, se mostró siempre inflexible. Sin embargo, para bien ó

para mal, este es nuestro sistema de hoy, así como el de todas las grandes comunidades políticas que se han atenido á nuestro modelo parlamentario. Por otra parte, cuando se dice que á causa de Cromwell la falta de conformidad pudo propagarse lo bastante para desafiar la tormenta de la Restauración, ¿no se olvida la primitiva fuerza de aquellos grandes puritanos, de los que nacieron así la rebelión como el mismo Cromwell? No fué un hombre, ni siquiera como Oliverio, quien hizo la Revolución resistiéndose contra la Restauración; fueron

Retrato de John Milton á la edad de 62 años
(Grabado de Guillermo Faithane, según un dibujo original)

las mismas fuerzas espirituales ocultas, aunque podemos decir que Cromwell fué el promovedor.

Se ha llamado un error común de nuestro tiempo atribuir demasiado á los designios y á la influencia de hombres eminentes, de gobernantes y gobernados. La queja es justa y debemos fijarnos en ella. El ímpetu de los pasados acontecimientos, los espontáneos impulsos de la masa de una nación ó una raza, la presión de las esperanzas y temores en general, las nuevas cosas que se aprendían en las «nuevas esferas del pensamiento,» todo tiene más relación con el progreso de los asuntos humanos que las deliberadas opiniones de los más resueltos y previsores jefes individuales. Treinta días después de la muerte del Protector se produjo una revolución más provechosa. Hiciéronse leyes más justas, los tribunales se purificaron; la prensa comenzó á disfrutar de una libertad, á la que Milton había hecho un glorioso llamamiento, pero que Cromwell se atrevió á rehusar; y los derechos de conciencia fueron reconocidos al fin parcial-

mente. Sin embargo, la «Declaración del Derecho» y el «Acta de Tolerancia,» hijas de una corriente de ideas, máximas y métodos, no eran puritanas. Nuevos tributarios habían cambiado ya las corrientes de esa gran confluencia de maneras, de morales y de opiniones que el tiempo guía en los viajes de la humanidad: había comenzado la época del racionalismo con sus brillantes luces y sus sombras. Unos noventa años después, en 1688, otra revolución se siguió en Inglaterra á través del Atlántico; y el golfo que mediaba entre Cromwell y Jefferson es la medida de la vasta distancia que el pensamiento de los hombres había recorrido. Con la muerte de Cromwell terminó la breve vida de la teocracia puritana en Inglaterra. Fué la fase de un movimiento que dejó una herencia de varios nobles pensamientos, el recuerdo de una valerosa lucha en beneficio de la libertad humana, y una serie de poderosos talentos con Milton, y Cromwell á su cabeza. Los fines políticos engañan: nuestra verdadera sabiduría consiste en aprender á combinar hábilmente los razonables y equitativos veredictos de la historia, con el justo precio que encierran esas eternas cualidades, adquiridas á costa de grandes esfuerzos y que son la esperanza del mundo.

FIN

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	Páginas
Prólogo de los editores..	5
El reinado de Carlos I hasta el principio de la guerra civil, por el Dr. Alfredo Stern.	7
Oliverio Cromwell, su vida y su carácter, por Arturo Paterson.	111
Apéndice. – El fin de Cromwell, por John Morley.	343